



UNIVERSITAT DE BARCELONA

INAUGURACIÓ
DEL CURS ACADÈMIC
1998 - 1999

Y MÁS ALLÁ DEL 98, LO QUE NOS UNE

Lliçó inaugural del rector
de la Universitat de l'Havana
JUAN VELA VALDÉS



1000-1
RR-858

R R-858

INAUGURACIÓ DEL CURS ACADÈMIC 1998-1999

Y MÁS ALLÁ DEL 98, LO QUE NOS UNE

Lliçó inaugural del rector
de la Universitat de l'Havana
JUAN VELA VALDÉS

Barcelona, octubre de 1998



U
UNIVERSITAT DE BARCELONA



BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA⁺



0701461913



Publicacions de la Universitat de Barcelona
Gran Via de les Corts Catalanes, 585 - 08007 Barcelona
Dipòsit Legal: B.42.776-98
Disseny: Cesca Simón
Imprimeix: Gráficas Rey, SL

Y más allá del 98, lo que nos une

Excmo. Dr. Antonio Caparrós, Rector Magnífico de la Universidad de Barcelona,
Excmos. Sres. de la Dirección de esta Universidad,
Destacados miembros de su cuerpo profesoral,
Distinguidos invitados,
Queridos estudiantes:

Cumplo hoy con la invitación de mi estimado amigo Antonio Caparrós, Rector de esta Universidad. Agradezco sinceramente el honor que se me hace y en mi persona a la Universidad de La Habana a quien represento. Y no se trata de la gratitud formal que en el lógico desarrollo de las relaciones interuniversitarias se impone como testimonio de la satisfacción de ver los frutos de la colaboración académica, científica y cultural. Es, ante todo, el placer de poder contribuir al intercambio entre dos instituciones que como importantes exponentes del mundo intelectual de sus respectivos países, permiten revivir, en breves palabras, los innumerables nexos que históricamente unieron a los pueblos de Cataluña y Cuba.

Bastaría un simple recorrido por las costas catalanas o por el interior de esta hermosa ciudad de Barcelona para encontrar por doquier el sello que en huella pétreo, en versos o en expresiones musicales, como las famosas “habaneras”, señalan la presencia viviente y palpable de lo que de Cuba llegó a Cataluña. Recuerdos nostálgicos, evocaciones llenas del amor permanente por un territorio que los acogió con cariño y en el cual muchos lograron realizar sus sueños.

Del otro lado del Atlántico –al cual de forma expresiva los españoles llamaban popularmente “el charco”–, en nuestra querida Cuba, también en edificaciones, en las costumbres y tradiciones, en el gracejo popular y en lo más íntimo de las familias cubanas están presentes los “catalanes”. Por estas y por otras muchas razones, historiadores, artistas y escritores, han dedicado no poco de su quehacer al estudio de la huella que a lo largo de los siglos ha perdurado en los sentimientos, la historia y la cultura de estos dos pueblos. El esfuerzo debe continuar, sobre todo en aquellos importantes campos del conocimiento que se desconocen o no han sido suficientemente investigados.

La historia, con sus continuidades y rupturas, siempre permite poner el acento en lo que más interesa. Estamos en el año en que se cumplen los centenarios de los acontecimientos de 1898. No hay duda de que los resultados de aquella contienda marcaron profundamente el siglo XX cubano y español. Esa huella no era deseable, en la forma en que marcó a ambas sociedades. Sin considerar discusiones parciales, el resultado colectivamente para España puede sintetizarse en lo que se ha dado en llamar la “derrota militar” y “el desastre nacional”. Aún, al recorrer los caminos españoles, suele escucharse la frase ¡más se perdió en Cuba!

Para nosotros, los cubanos, existe una definición que da la trascendencia de ese resultado: la frustración independentista, la ocupación norteamericana de la isla y el nacimiento de una República mediatizada. Dos preguntas se formulaban en una y otra parte del Atlántico: ¿Qué pasó? ¿Por qué pasó?

La primera pregunta independientemente de intencionalidades, puede parecer más simple, pues de lo que se trata es de una reconstrucción histórica; la segunda, resulta mucho más compleja porque en ella median interpretaciones, estructuras de pensamiento, intereses y sentimientos nacionales.

Lo importante, sin embargo, es entender qué estuvo más allá de los acontecimientos; lo importante es no dejarnos arrastrar solo por el impacto de los hechos ocurridos en pocos meses. Es preciso entonces evaluar, en todo su

alcance y en sus múltiples aristas, el resultado de un proceso que se había gestado y desarrollado a lo largo de muchos años.

Si nos ciñéramos al hecho, a los datos sobre las acciones militares de la guerra que Estados Unidos libró contra España en territorio cubano, habría que recordar que la contienda duró menos de un mes, del 22 de junio de 1898 en que se efectúa la primera acción militar norteamericana al 17 de julio cuando se rinde la ciudad de Santiago de Cuba. El saldo de las bajas militares es significativo: 3.469 muertos, de ellos 3.245 españoles, y solo 224 norteamericanos. Aunque algunos autores obvian la participación cubana es necesario destacar que las fuerzas contendientes no eran sólo las norteamericanas y españolas. La participación del ejército independentista cubano fue decisiva en los campos de batalla de la provincia oriental de Cuba. Intervinieron alrededor de 8.000 combatientes y sus cifras en bajas fueron entre 180 y 210 muertos.

Para Estados Unidos, esta guerra, por su brevedad, sus escasas bajas y la magnitud del triunfo al apoderarse de Cuba y Puerto Rico en las Antillas y de Filipinas en Asia fue, como la llamó el Secretario de Estado John Hay, “una guerrita espléndida”. Recuérdese que el dominio sobre Cuba y Puerto Rico garantizaba a los Estados Unidos, con el sostén de las Bases Navales, la expansión hacia Centro y Suramérica y ofrecía la seguridad para el canal interoceánico que uniría las costas del Atlántico y el Pacífico. Filipinas, por su parte, con las islas de Hawai y Pago garantizaban la presencia de Estados Unidos en el Pacífico y los colocaba ante las puertas de Asia.

Pero más allá de esta significación inmediata, de lo que poco se percataron por entonces, era de que también constituía el fin de la hegemonía europea. Ocho años después, en la zona oriental euroasiática, Rusia sufría un descalabro semejante en manos de Japón. Europa, por entonces envuelta en sus querellas internas, no advirtió que su potencia más occidental, España, y la más oriental, Rusia, habían sido derrotadas por emergentes poderíos no europeos. En una verdadera lectura económica, social, cultural y política, en



un análisis suficientemente distanciado del fenómeno inmediato, podía predecirse lo que acontecería en el siglo XX con la hegemonía de Estados Unidos y Japón.

Por otra parte, el movimiento independentista cubano no era, como lo presentaba cierta prensa hostil, una simple insurrección –con los rasgos de espontaneidad que definen estos movimientos– ni una sublevación –con los rasgos de incoherencia y explosión impensada–. Porque durante más de un siglo, se había gestado un pensamiento independentista que se caracterizaba, en esencia, por la auténtica certeza de que la lucha no era contra España ni contra el español sino contra las estructuras políticas y económicas que sojuzgaban y detenían el desarrollo interno del país. La lucha era contra el colonialismo.

Filósofos, economistas, maestros, escritores e intelectuales en su más amplio sentido, plasmaron en un cuerpo teórico decimonónico, la aspiración cubana a la libertad y a la igualdad, encarnada en la República democrática, popular y laica que, como la definiera José Martí, sería “Con todos y para el bien de todos”(1) y su primera ley “el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre”(2).

En el “Manifiesto de Montecristi”, escrito en República Dominicana, documento que proclama en 1895 el reinicio de nuestras guerras de independencia, firmado por el propio Martí y por el Generalísimo Máximo Gómez, Jefe del Ejército Libertador, se expresa que la República que nacería con la independencia sería “de cubanos y españoles”. Esta idea había presidido todo el quehacer revolucionario en Cuba. Justamente por ello José Martí señaló en una ocasión: “Nosotros combatimos a España por derecho natural de rebeldía que tiene todo pueblo contra el conculcador de su libertad, pero no somos enemigos de los españoles. Somos sus hermanos porque de ellos es nuestra religión, nuestra lengua, nuestras costumbres, nuestra sangre”. Mañana que Cuba sea libre, será para los cubanos y españoles, y para todos los hispanoamericanos. El último estampido del cañón en los campos de Cuba,

cuando ya flamee al viento la estrella solitaria, sobre todas las almenas de nuestras fortalezas, será el anuncio de una era de paz y concordia con nuestros hermanos, los españoles de Europa”(3).

Y es que la Revolución que se hacía por la libertad y la igualdad, acogió en su seno a numerosos españoles que pelearon heroicamente en las filas cubanas. Por encontrarme ante ustedes, quisiera hacer, en esta ocasión, particular referencia al General del Ejército Libertador cubano, José Miró Argenter, catalán, quien fuera director en La Habana de varios periódicos de marcada orientación progresista, por lo cual sufrió presidio. En febrero de 1895 se incorpora a la lucha en la manigua cubana y llega a desempeñarse como Jefe del Estado Mayor del General Antonio Maceo. Su obra *Crónicas de la guerra* constituye un genuino testimonio de los sentimientos de los independentistas cubanos que, se sabe, él compartía.

El primero de nuestros pensadores independentistas, el presbítero Félix Varela y Morales, escribió en 1824: “el americano –téngase en cuenta que por entonces el concepto de americano era para los que hoy se denominan latinoamericanos–, oye constantemente la imperiosa voz de la naturaleza que le dice: yo te he puesto en un suelo que te hostiga con sus riquezas y te asalta con sus frutos (...) recupera la libertad de que tú mismo te has despojado por una sumisión hija más de la timidez que de la necesidad; vive libre e independiente; y prepara asilo a los libres de todos los países; ellos son tus hermanos”(4).

No poco de lo que nutrió los sueños de libertad y de igualdad que estaban en la base de la creación de la nación cubana había salido del complejo y multidimensional pensamiento de la España decimonónica ¿Cómo no mencionar aquí, en este breve recuento, lo que significó para Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo, quien se inscribe en la historia de Cuba como el “Padre de la Patria”, iniciador de nuestras gestas independentistas en 1868, su estancia en la acogedora ciudad de Barcelona? Fue precisamente en las aulas de esta Universidad de Barcelona donde cursó sus estudios de Derecho.



Su título, otorgado en 1842 por la Audiencia Territorial de esta ciudad, era refrendado por la Reina y su Consejo, el día 7 de julio del mismo año. Fue profunda la huella barcelonesa en nuestro Padre de la Patria; son muchas las anécdotas y las referencias que historiadores y contemporáneos hacen de esta estancia. El propio Céspedes, al comentar sus ideas emancipadoras, escribía: “Muchos de nosotros aprendimos en vuestras aulas universitarias cuán absurdo es el derecho de conquista; y el conocimiento que a nuestro ánimo llevaron vuestras brillantes lecciones (...), que nunca el derecho de la fuerza puede ser aceptado por Código alguno” (5).

Y no fue ajeno al latir del corazón barcelonés. Vivió intensamente la vida política de esta ciudad; se inscribió en las Milicias Ciudadanas donde alcanzó el grado de Capitán. Muchos años después, en un poema autobiográfico, colocaba sus sentimientos en el recuerdo de aquella estancia inolvidable:

“Visité la Península Española
.....
Y de gozar y de emoción ansioso
Entre sus bandos me arrojé animoso.

Todo en mi era fuego, era viveza,
Todo era inquietud y movimiento:
.....
De la milicia ciudadana, el sable
Empuñé con vigor y mano osada”(6)

Hacia 1895, el ideario independentista adquiriría sus más altos quilates al reiniciarse el movimiento armado, ahora bajo el paradigma de José Martí. Hijo de españoles, amante profundo de la España sencilla y popular que recogió en sus versos y escritos, le dio una impronta singular al movimiento de independencia de Cuba. Para Martí, la independencia cubana era obra de profundo amor. Por entonces, al calor de las pasiones, poco se conoció en España, y aún hoy poco se conoce de este pensamiento que ha sido fuente obligada de lecturas y relecturas para cubanos, latinoamericanos e intelectuales.

tuales del mundo entero. Recordemos mencionar sus ideas acerca de la patria cubana y los sentimientos que la sostienen. Afirmó Martí: “Patria es humanidad, es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca y en la que nos tocó nacer; y ni se ha de permitir que con el engaño del santo nombre se defienda a monarquías inútiles, religiones ventrudas o políticas descaradas y hambroñas ni porque a estos pecados se dé a menudo el nombre de la patria, ha de negarse el hombre a cumplir su deber de humanidad, en la porción de ella que tiene más cerca”(7).

Y continúa diciendo: “Patria no es más que el conjunto de condiciones en que pueden vivir satisfechos el decoro y el bienestar de los hijos de un país. No es patria el amor irracional a un rincón de la tierra porque nacimos en ella: ni el odio ciego a otro país, acaso tan infortunado como culpable. Patria es algo más que opresión, algo más que pedazos de terreno sin libertad y sin vida, algo más que derecho de posesión a la fuerza. Patria es comunidad de intereses, unidad de tradiciones, unidad de fines, fusión dulcísima y consoladora de amores y esperanzas”(8).

Quisiera destacar el profundo carácter humanista de esta definición de la Patria cubana; no es la patria étnica ni es su reducción a un fenómeno ideológico o religioso; es, ante todo, la patria como parte integrante de la humanidad, no contrapuesta a otras que también conforman ese conjunto de la creación humana; es, en la doble acepción del concepto de humanidad, humanismo como proyecto de sociedad y campo y marco del pensamiento, y humanismo por las raíces mismas del carácter multiétnico, multicolor y multicultural de la formación de esa calidad nueva que es la cubanidad. Cubanidad que se nutre también de lo español, porque es desde esta misma península de donde nos llegan los rasgos multiétnicos y multiculturales de la propia hispanidad.

No menos importante resulta destacar sobre qué base surge la idea de la nación cubana. Esos tres conceptos, que Martí asocia y que son unión, amor y esperanza, constituyen la fuerza creadora y sostenedora de la

aspiración al logro pleno de una patria que desestima definitivamente las ideas contrarias: la desunión, el odio y el nihilismo.

Mientras trabaja en la preparación de la Guerra de Independencia, Martí observa y estudia detenidamente las características del naciente imperialismo norteamericano, que pretende apoderarse de las Antillas, eliminando a España de ellas, para luego avanzar sobre Suramérica, el Atlántico y el Pacífico.

En este sentido Martí refiere que la independencia de Cuba no es otra cosa que detener a tiempo la expansión norteamericana. Por eso ansía una contienda “culta, breve, unánime y grandiosa”. Por eso en carta dirigida a Manuel Mercado, considerada verdadero testamento político, escrita justamente un día antes de su caída en combate, José Martí reitera: “(...) ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber –puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo– de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin”(9). Insiste en que los grupos de poder en España, que lúcidamente distingue del pueblo español, entiendan, más allá de las discusiones de partido, mucho más allá de las pasiones encerradas en el marco fronterizo, que está en juego, con el destino de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, el destino de la América española en un primer momento, y del mundo entero a largo plazo.

Cómo no recordar en esta breve síntesis las definatorias frases de nuestro Héroe Nacional: “En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarles el poder, –mero fortín de la Roma americana,– y si libres –y dignas de serlo por el orden de la libertad

equitativa y trabajadora— serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio —por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles— hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo (...). Un error en Cuba, es un error en América, es un error en la humanidad moderna. Quien se levanta hoy con Cuba se levanta para todos los tiempos”(10).

La contienda independentista asume también una dimensión cultural. Una Cuba Independiente tendría como bastión su cultura, una de cuyas raíces más profundas es la española. La independencia hermanaría, no distanciaría. Bien por el contrario, una Cuba dependiente de la nueva potencia anglosajona correría el riesgo de perder hasta su propio idioma.

Al iniciar mis palabras, evoqué el hecho de las brutales consecuencias de la contienda con Estados Unidos. Ese resultado, más allá de las polémicas candentes y apasionadas, o reflexivas y profundas, no se debió solo a la capacidad militar de Estados Unidos. Y es que no se puede hablar del 98 sin tener en cuenta el 95. Más de dos años de agotadora guerra habían colocado a cubanos y españoles en límites precarios de resistencia. Son notables los estudios en relación con esta situación, mas aún siguen siendo insuficientes para ofrecer un balance definitivo. Lo cierto es, que, cuando se le otorga la autonomía a Cuba en febrero de 1898, la situación era desesperada. Debo recordar que, desde hacía 30 años, un sector de intelectuales, hacendados, hombres públicos y capitalistas insistían ante los gobiernos españoles en que esta solución era mucho más ventajosa que dejar estallar las guerras de independencia.

En el informe del General Ramón Blanco y Erenas, al asumir la Capitanía General de Cuba en noviembre de 1897, se refleja un verdadero glosario de desgracias que resume en este párrafo: La administración se ha-

llaba en el último grado de perturbación y desorden; el ejército, agotado y anémico poblando los hospitales, sin fuerzas para combatir ni apenas para sostener sus armas”(11). Si este informe pudiera considerarse parcial, bastaría con agregar la visión que, desde el ángulo contrario tenía el General Máximo Gómez Báez, Jefe del Ejército Libertador: “Por aquí se mueve Blanco con menos resultados que Weyler, pues los restos, las reliquias tristes del valeroso ejército que en un tiempo fue, no son a propósito para empeñar campañas vigorosas”(12).

El deteriorado estado del ejército español y el agotamiento de los recursos internos de la Isla, los límites a los que habían llegado en la península deben considerarse esenciales en el desenlace del enfrentamiento hispano-cubano-norteamericano. Después de una guerra desgastadora de tres años, aquellas fuerzas no podían combatir exitosamente a las huestes frescas comandadas, entre otros, por Theodore Roosevelt. El golpe norteamericano fue el último; pero ya para entonces las fuerzas estaban más allá de los límites posibles. Visto así, el tan traído y llevado 1898 puede tener otras lecturas más realistas. La guerra para el ejército español había comenzado tres años antes y, cuando se enfrentó al ejército norteamericano, ya había perdido gran parte de su capacidad estratégica y operativa.

Hoy, lo suficientemente distanciados del calor de aquellos enfrentamientos, pudiera hacerse otra lectura de las palabras de Práxedes Mateo Sagasta. Según cuenta el Conde de Romanones, al entregarle a la Reina el proyecto autonómico de Cuba, esta le preguntó: “Me han dicho que con la autonomía Cuba se pierde” a lo que contestó el jefe del gobierno español: “Ay, Señora, más pérdida de lo que está”(13). Aún hoy asombra la forma en que Sagasta concibió el destino de Cuba en relación con el enfrentamiento con Estados Unidos. A las tres semanas de la declaración de guerra, afirmó: “Perder un pedazo de territorio en lucha con una nación más poderosa es sensible, pero después de todo no es una deshonra (...), pero un pedazo de terreno perdido en lucha con Máximo Gómez y Calixto García, eso más que sensible, sería verdaderamente deshonesto”(14).

Al pueblo cubano le tocó pagar el precio más alto que por su independencia pagara país latinoamericano alguno. Por una concepción de la guerra que se ha justificado como total, pero que se libraba más contra la población civil que contra el bando contrario, Cuba sufrió la cruel Reconcentración que se ensañó contra los más débiles, los niños, las mujeres y los ancianos. Pero como si ello no fuera suficiente, los Estados Unidos impusieron también a Cuba para lograr la rendición española, el más férreo bloqueo a los puertos y costas de la Isla, impidiendo así la llegada de alimentos, medicinas y otros productos de urgente necesidad. Fue nuestro pueblo quien pagó los mayores sufrimientos de la contienda.

Si me perdonan la digresión, quisiera decirles que todo parece indicar que el bloqueo económico ha sido una idea recurrente de los Estados Unidos en su política agresiva hacia Cuba, pues como ustedes bien saben, nuestro país se encuentra hoy, nuevamente, y desde hace casi 40 años sometido a un férreo bloqueo, recrudescido por las ominosas Leyes Torricelli y Helms-Burton, lo que ha generado la más justa y unánime condena internacional.

Un cálculo aproximado, teniendo en cuenta los censos de población señala que en el periodo comprendido entre 1895 y 1898, se registraron 321.934 fallecimientos, equivalentes al 20% del total de una población estimada en 1.572.845 habitantes. En ciertas regiones, los registros civiles son verdaderamente aterradores. Un estudio de caso, realizado en 1912 por Rafael Martínez Ortiz en la ciudad de Santa Clara, arroja que de una población de 15.000 habitantes perecieron, en el año de la Reconcentración, 6.981 personas (15).

No es solamente con la guerra y sus efectos con lo que quisiéramos ocupar vuestra atención. La historia puede verse en lo espectacular de las coyunturas, de los acontecimientos y de los hechos memorables; no obstante, estos refulgentes destellos responden a procesos de más larga duración en los que se imbrican mentalidades, hábitos, costumbres, tradiciones y ese conjunto que conforma la cultura material y espiritual de un pueblo.



La historia de Cuba es la historia de un país colocado siempre en los límites, geográficos, políticos y culturales. Llave del Nuevo Mundo o Antemural de las Indias Occidentales se le llamó desde los primeros siglos; por ella pasaron las rutas marítimas que unieron a España con América. Sus puertos acogieron a los marinos españoles que no pocas veces decidieron permanecer definitivamente en la cálida isla tropical. El destino americano de imperios enteros se decidió en sus costas y mares. En el siglo XVIII la Gran Bretaña efectuó la más grande operación naval y militar de la centuria realizada fuera de Europa, para poder tomar La Habana, ocupándola por algo más de un año. Esta misma ciudad fue el centro de operaciones de apoyo al movimiento independentista norteamericano. En el siglo XIX, en los acontecimientos que ahora cumplen cien años, se decidió la suerte española en América; y en el presente siglo, en 1962, la Crisis de Octubre o Crisis de los Misiles, constituyó el peligro más grave que durante la Guerra Fría corrió el mundo contemporáneo.

Breve y azarosa, tensa y creadora, ha sido la historia de Cuba. Pero en su devenir, en ese acontecer extraordinariamente variado y contradictorio, la existencia de un profundo sentimiento de comprensión y entendimiento entre los pueblos de España y Cuba ha estado más allá de coyunturas y circunstancias.

Hubiera parecido para muchos, hace cien años, que la naciente República se distanciaría de la España de la postguerra de independencia. Mas no fue así. Muchos de aquellos que lucharon en las filas del ejército español o se quedaron en Cuba o retornaron a ella. Crearon hogares donde transmitieron sus sentimientos, su cultura, sus hábitos y sus tradiciones. Otros vivieron permanentemente en la añoranza de la Isla allende el océano. Pero nunca como entonces los españoles se volcaron hacia Cuba, a través de innumerables redes de comunicación para residir en ella o para encontrar abrigo, ya fuese en aras de un destino mejor ante la estrechez económica, ya buscando un ambiente de libertad y de realización personal. En los primeros 30 años de este siglo, cerca de 1.600.000 españoles viajaron a Cuba a encon-

trar un trabajo remunerado, o por otras razones. Entre estos, no puede olvidarse la presencia catalana que se hizo sentir con fuerza en nuestra cultura y en nuestra vida cotidiana.

En particular, nuestra Universidad se honró con el paso por ella de distinguidas figuras provenientes del mundo catalán. Haré solo una referencia que en la historia social cubana ha merecido especial atención. El 23 de septiembre de 1885, se graduó la primera mujer en la Universidad de La Habana. Era ella una hija de Cataluña, Mercedes Riba Pinos, quien obtuvo el grado de Licenciado en Filosofía. A ella se le atribuye la primera traducción al español hecha en Cuba de algunas Odas de Homero.

Mucho más pudiera decir pero temo abusar de la generosidad de este auditorio. Estoy firmemente convencido de que hoy más que hablar de lo que “se perdió en Cuba”, habría que hablar de lo que no se perdió; de aquello que más allá del 98 siguió siendo el nexo fuerte, auténtico e íntimo entre dos pueblos; nexo que ha resistido los avatares políticos, las incompreensiones y las coyunturas desfavorables. Si algo ha permanecido entre los cubanos ha sido la idea de España como “la Madre Patria”. Y hacia la madre, siempre se tendrá la admiración y el cariño que nacen del sello permanente de la familia entrañable. Entre Cuba y España sigue existiendo una relación en la que prevalecen los sentimientos que unen. En especial, Cataluña tiene una historia común con Cuba que hoy apenas empieza a ser estudiada. Y de seguro sorprenderá gratamente cuando se conozca más integralmente.

Señor Rector de la Universidad de Barcelona, distinguidos miembros de esta Presidencia, Profesores, Estudiantes. No puedo terminar mis palabras sin reiterar mi agradecimiento sincero por haberme distinguido con tan alto honor.

Siento, sin embargo, que mi presencia en este acto es un elocuente testimonio del interés de las Universidades de Barcelona y de La Habana, por

fortalecer el intercambio y la colaboración académica y científica que permitirá continuar profundizando en el conocimiento de tradiciones anudadas en una cultura y una historia compartidas.

Es para mi motivo de especial satisfacción, recordar hoy aquí cómo se ha ido tejiendo esta colaboración académica, científica y de investigación entre las Universidades de Barcelona y La Habana, colaboración que se ha concretado en la realización de programas de maestrías y doctorados, en el otorgamiento de becas y en otras acciones de asesoría e intercambio de profesores que han resultado, sin dudas, fructíferas y enriquecedoras para ambas Universidades.

Por ello, estimados invitados, queridos colegas y estudiantes, no fue casual que en ocasión de celebrarse en el presente año, el 270 aniversario de la fundación de la Universidad de La Habana, correspondiera al Dr. Antonio Caparrós, en representación de todos los Rectores allí presentes, la lectura de la declaración final en la que se ponía de manifiesto la voluntad de continuar desarrollando el intercambio académico con la Universidad de La Habana, al tiempo que se hacía énfasis especial en la vocación solidaria hacia Cuba y el rechazo total al bloqueo económico.

Por ello, agradecemos una vez más al amigo Caparrós y a sus colaboradores, importantes artífices de las relaciones entre nuestros centros, la posibilidad de expresarles a todos nuestro respeto y nuestra sincera amistad.

Así las cosas, podríamos concluir afirmando, sin temor a equivocarnos, que más allá del 98 nos une el afán por hacer perdurar y dar a conocer a las futuras generaciones nuestra memoria común; nos une la voluntad de encontrar nuevos espacios de reflexión y debate en los que prevalezca el respeto, la ética y el interés por ampliar nuestros sentimientos de hermandad; nos une el reconocimiento de la existencia de un pasado que sin olvidarlo, se fue para siempre; junto a la certeza de que hay un futuro que todavía es nuestro.

Hagamos de ese futuro un tiempo de paz, de integración, de respeto,
de esperanza y de amistad.

Que así sea

Muchas gracias.

Referencias y Citas Textuales

- (1) “Discurso de José Martí en Tampa el 26 de noviembre de 1891”, en José Martí, *Obras Completas*. Empresa Consolidada de Artes Gráficas, La Habana, 1963, Tomo 4, p. 279.
- (2) *Ibidem* p. 270.
- (3) Martí, José. *Obras Completas*. Tomo 28, p. 253.
- (4) Varela, Félix. *Obras*. La Habana, Imagen Contemporánea, 1997. Tomo II, p. 154.
- (5) de Céspedes, Carlos Manuel. *Escritos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1974, p. 15.
- (6) *Ibidem*, p. 16.
- (7) Martí, José, *Obras Completas*, Tomo 5, p. 468.
- (8) *Ibidem*, Tomo I, p. 93.
- (9) *Ibidem*, Tomo IV, p. 167.
- (10) *Ibidem*, Tomo III, pp. 142-143.
- (11) Instituto de Historia de Cuba, *Las luchas por la Independencia Nacional y las Transformaciones Estructurales*, La Habana, Editora Política, 1996, p. 515.
- (12) Gómez, Máximo; *Diario de Campaña*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1968, p. 368.
- (13) Roy de Luchsering, Emilio, *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos*, La Habana, La Tertulia, 1960, p. 63.
- (14) Lasa Ayestarán, Eugenio: *Revista Trienio*, N°. 30, noviembre 1997, pp. 103-128.
- (15) Para mayor información, cf. Martínez Ortiz, Rafael: *Cuba: Los primeros años de la independencia*, París, 1912, pp. 14-16.

Publicacions



UNIVERSITAT DE BARCELONA

U

B